

El Canto de los Delfines



Numero 4, 2018

El bosque

Daniel M. Monterroso

En los recovecos más profundos del bosque vive una sociedad no tocada por lo moderno. Pobres por manipulación, buscan mejorar su vida con recursos limitados. Entre ellos, un joven de casi 17 años, esquelético y endurecido, producto del trabajo campesino. La misma rutina: levantarse, comer, trabajar, dormir. Un mismo dicho: “El bosque es nuestra casa y no hay otro modo de vivir”.

Un día, camino al trabajo, por las calles llenas de excremento, le confió a su amigo algo bastante extraño. “Promete que no dirás a nadie porque me iría muy mal. Todas las noches veo luz a la orilla del bosque”. El amigo le preguntó que si sabía lo que era. Tan solo respondió: “El bosque es nuestra casa y no hay otro modo de vivir”. En silencio, llegaron los jóvenes al campo a hacer su labor diaria. Insatisfecho con la respuesta, el amigo comenzó a preguntar si alguien había visto algo, pero todos repetían la misma respuesta: “El bosque es nuestra casa y no hay otro modo de vivir”.

Esa noche, él mismo cuestionó su modo de vivir. “¿Tiene que haber otro modo!” Pero, sabía que pensarlo era castigado: Algunos habían desaparecido por hacerlo. No se aceptaba nada fuera de lo normal. Sin embargo, estaba seguro que había algo más fuera del bosque y esa noche partió hacia ese lugar desconocido: la orilla del bosque. Preparó su mochila con comida y su poca ropa harapienta. Apenas había comenzado hacia el borde cuando los aldeanos lo atraparon y lo llevaron al opresor- un hombre mayor de ojos horrorosos y dientes amarillentos. “¿Adónde vas?” Le preguntó al joven, quien confesó adónde iba. “¿Por qué, no te gusta vivir aquí?” Todos los aldeanos lo oyeron afirmar: “Sí, pero llegué a la conclusión que hay otro modo de vivir y está al borde del bosque, lo he visto”. Fastidiado al oírlo, el opresor dejó ir un fuerte grito al que hicieron eco los aldeanos. “¡Engañoso, el bosque es nuestra casa y no hay otro modo de vivir!” Temiendo por su vida, el joven salió corriendo, alejándose de sus cautivos y entrañándose en el bosque. Detrás seguían los aldeanos y el opresor, horquillas en mano y gritándole: “¡Regresa! ¡No vayas al borde del bosque! No te gustará lo que encontrarás”. No hizo caso y, al llegar, miró algo jamás visto. Le rodaba una lágrima por la mejilla cuando susurró, “el bosque es nuestra casa y no hay otro modo de vivir”.



Sobre El Autor

Daniel es primera generación nacido en EE.UU. de padres de México y Guatemala. Estudia español y tiene 5 títulos del Colegio de Moorpark. Le gusta asistir a viajes misioneros con su iglesia y se dedica a ayudar a personas autistas.

